

RAIMUNDO DE MIGUEL

SEMBLANZA HUMANA  
Y POLITICA DE  
APARISI Y GUIJARRO

TRABAJO GALARDONADO CON EL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO CONMEMORATIVO DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DE DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO, CONVOCADO EN 1972 POR EL CÍRCULO DE SU NOMBRE.

PRÓLOGO DE  
JOSE MIGUEL ORTS TIMONER

APÉNDICE EPILOGAL DE  
FRANCISCO ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA

VALENCIA  
1980

## APARISI Y GUIJARRO

### ACTUALIDAD

La *Biblioteca popular carlista valenciana*, dirigida por Eduardo Chuliá, inicia sus tomos, pájaros revoloteando alrededor de la esperanza ilusionada en el Reino de Valencia, con la presente *Antología de urgencia* del pensamiento político de Antonio Aparisi y Guijarro. Y en verdad que la elección no puede ser más oportuna, por cuanto Aparisi y Guijarro fue en sus días y por lo que sus enseñanzas, doctrinales y humanas, valen hoy. Pues parece evidente que a medida que pasan los años Aparisi y Guijarro va creciendo en el aprecio de las gentes. Especialmente hoy, en el caos de desorientaciones confusas en que nos hallamos sumergidos, su lección es el ejemplo exacto para la salida de la crisis en que se pierden millones de españoles. Porque Aparisi sufrió también temporales espirituales de crisis agudísimas, porque también Aparisi fue presa de la angustia que hoy a muchos españoles atenaza, porque Aparisi debió saltar la barrera de los prejuicios hasta madurar su pensamiento en la posesión de la luz que ilumina la Verdad de las Españas. Lo que aconteció con Aparisi es preludio de lo que podrá acontecer con muchísimos coetáneos del presente: tener que encalar los abruptos senderos de la duda hasta dominar la problemática hispana desde las cotas que descubren los dantescos valles políticos, los lodazales de los intereses y los montículos de las buenas voluntades; o sea, desde el Carlismo militante.

Aparisi hubo de romper con la fidelidad dinástica que primero profesara hacia la dinastía usurpadora encarnada en la llamada Isabel II, porque la llamada Isabel II cayó en abanderada de la revolución y del liberalismo; antes de conocer la legitimidad de origen que otorgaba derechos al trono a nuestro señor don Carlos VII, supo repudiar la dinastía que con sus actos había cometido el delito político de la ilegitimidad en el ejercicio. Colocados delante de dilema semejante, su lección es la de elegir, situando a la ilegitimidad en el ejercicio por encima de la supuesta legitimidad de origen. Así, Aparisi, aun antes de estudiar jurídicamente el problema dinástico, rechazó a la dicha Isabel II porque al rechazarla combatía contra la revolución. Que, como Aparisi y como en Vevey, el Carlismo ha optado por las doctrinas cuando las doctrinas dejan de ser servidas por las personas, sean éstas quienes fueren.

El proceso de su conversión fue metódico, cual correspondía a la calidad de sus altísimos talentos. Que no fue nuestro don Antonio varón que recibiera por herencia la gracia de Dios que es ser carlista. Ni tampoco hombre de brillantes intuiciones, ni tampoco penetrante presentidor de las ideas. A tono con su profesión de abogado, y precisamente por ser grandísimo abogado, era la suya mente más dotada para el análisis que para la captación inmediata de la verdad, más preocupado por las argumentaciones que dado al porque sí de las cosas, más razonador que adivino. Sabía sopesar los datos, puntualizar las pruebas, aquilatar las tesis, cotejar los argumentos, ponderar todos y cada uno de los criterios antes de adoptar postura conclusiva. De donde que el largo peregrinaje que concluyó en las tiendas de la Tradición carlista sea la más galana lección de autenticidades políticas del entero siglo XIX.

Aparisi vino al Carlismo a guisa de su temperamento, en la penosa pero serena búsqueda de la verdad con la que había soñado desde niño. Leal consigo mismo, tanto como podía ser leal con los demás, su ascensión al Carlismo estuvo henchida de la dolorida esperanza de saber que en Carlos VII andaba cifrada la resurrección de las Españas grandes. No cabía en Aparisi el deslumbramiento que cegara a Pablo delante de la puerta de Damasco; su manera fue la clarividencia que resulta del largo coloquio con los argumentos jurídicos y con las circunstancias políticas.

### HIJO DEL PUEBLO

Aparisi era pueblo, hijo cabal del pueblo valenciano. En las filas del Carlismo fueron contados los vástagos de las nobles casas heredadas que antepusieron la lealtad a la Tradición sobre los halágos acariciadores de las conveniencias sociales o económicas. Lo más caracterizado de la llamada nobleza cerró filas detrás de la usurpación, mitad por el encandilamiento de la cultura afrancesada impuesta por el absolutismo dieciochesco, mitad por las ventajas dimanadas de acomodarse a los usos de la dinastía que trajo consigo la imposición de las concepciones burguesas de la vida; aristócratas decaídos a burgueses con la ingenuidad de María Antonieta jugando a pastorcica cuando ordeñaba vacas en la granja cortesana del Petit Tazanen. La tradición dinástica consumada por una nobleza que había perdido en su inmensa mayoría la consciencia del sentido de lo que la nobleza representa, supuso que la legitimidad viniese a ser servida por otros estamentos sociales, por las que entonces se dijeron clases populares y medias. De suerte que el Carlismo fue Rey con pueblo, pueblo con Rey, brillando por excepciones admirables los contados nobles que no se despeñaron en la decadencia de su condición de tales, ni trocaron por

los oropes de la burguesía madrileña la autenticidad de su hidalguía heredada. Baste repasar la lista de los titulados para comprenderlo.

En el ánimo de Aparisi, sincero ante todo consigo mismo, el Carlismo fue la idea salvadora, porque al abrazar la Tradición se reencontraba a sí propio, alzándose a la altura de los principios desde la humildad de su alma buena merced a la majestad de sus talentos. Pueblo puro fue y por serlo fue Tradición pura. No tuvo razón Vicente Blasco Ibáñez cuando en el Capítulo V de *La horda*, por mediación del personaje Isidro Maltrana, cae en el yerro —tremendo yerro del novelista descoyuntador de la historia— de deducir inconsecuencias en el hecho de que Aparisi fuera carlista puro, siendo como era puro pueblo.

Delante de su tumba, aderezado el mísero nicho con crespones andrajosos, mal clavados sobre maltrecho hule. Maltrana canta la gloria de Aparisi, mas tachándole de iluso poeta enamorado de vacías ilusiones, compadeciéndole porque luchó por una causa que no era la de los pobres, entre los cuales se contaba sin embargo. «Ese señor —dirá Blasco por boca de Maltrana— fue famoso en vida. Pronunciaba en el Congreso discursos que duraban varias sesiones. Los curas de toda España, los devotos, las mujeres, aguardaban con impaciencia los periódicos para leerlo. Y ahora, mírale: cualquier tabernero tiene mejor alojamiento después de muerto... Era un poeta, un soñador; y los poetas, no sé por qué, tienen mala sombra en la política... Yo no creo en él; pero le compadezco y lo defiendo por espíritu de cuerpo. Este olvido nos consuela a los que trabajamos sin esperanza en la tienda de enfrente, que es la de los pobres, la del populacho» (1).

---

1. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ: *Obras completas*. Madrid, Aguilar, tres tomos. En I (1949), 1.430 b.

La consecuencia es injusta, unilateral, parcial y equivocada. Hubiérale bastado al novelista valenciano echar una ojeada sobre el contorno político de la Valencia suya, donde el Carlismo, al lado de nobilísimas casas como la de Villores, por ejemplo, era Carlismo de blusa y de alpargata, de trabajadores de la huerta y de los libros, lejos de la burguesía enriquecida con los despojos del caciquismo canovista o de la desamortización de Mendizábal. Precisamente porque era pueblo, puro pueblo, Antonio Aparisi y Guijarro fue carlista, sin que lograran ni osaran parecer herederos suyos los Teodoro Llorente ni los Lluís Lúcia.

Era justísimo que las firmas inscritas sobre la tumba de Aparisi fuesen firmas de gentes sencillas, de hijos humildes del pueblo humilde. «Todas son del populacho: curas pobres, guerrilleros ilusos; gente de abajo, de la que tiene corazón» (2). Gente carlista, pues el Carlismo era eso: sana entraña de las Españas. Lo que parece mentira es que el ejemplo de Aparisi, límpido y evidente, no enseñase a Blasco Ibáñez lo que el Carlismo es, permitiéndole la ceguera de lo vecino remachar por medio de Maltrana el siguiente lamentabilísimo epitafio: «Era pobre y defendió a los ricos; era plebeyo y pidió la resurrección del pasado con sus privilegios de raza; tenía el carácter independiente y un tanto levantisco de su tierra y deseaba el absolutismo. Los que él defendió no se acuerdan de él, tal vez siguen en esto al instinto, que no engaña. Vivió para ellos; pero no fue de su familia» (3).

La incomprensión de Blasco no ha desaparecido todavía, siendo uno de los embelesos negadores de lo que el Carlismo es. Resulta curioso como en 1974, cuando la burguesía instaurada a la sombra de la usurpación va des-

---

2. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ: *Obras completas*, I, 1.431 a.

3. *Ibidem*.

moronándose en el fracaso abismal de sus errores por el Carlismo desde el inicio condenados, haya quien tenga a los carlistas por puñados de burgueses, ilusos y pobres sí, pero burgueses. Cuando lo cierto es que nacimos para pelear contra el sistema de valores burgueses implantados a golpe de bayoneta por los liberalitos decimonónicos; cuando luchamos en defensa de la legitimidad y del pueblo, del clero llano y de los campesinos oprimidos por la Desamortización, de los artesanos desencajados de los gremios que eran el único sistema de trabajo exento de los desmanes burgueses causadores de la miseria del proletariado. Es curioso ahora, al par que trágico, contemplar en este tiempo a los carlistas tachados de lo que fueron los únicos en combatir: de burgueses; de absolutistas, siendo así que fuimos los exclusivos en alzarnos contra la tiranía de los poderes ciegos, sean reyes, sean dictadores, sean mayorías democráticas totalitariamente rousseaunianas; de ilusos, casi locos, cuando jamás cupo ni cabrá otro método para la instauración de las verdaderas libertades políticas que las inscritas en el realismo fecundo de nuestros Fueros venerables, mucho más eficaces por supuesto que las hueras inútiles declaraciones de los cacareados derechos del hombre. En una Españita mediocre y chabacana, de tertulias de cafés y discursitos en el Congreso, de papagayos y ladrones, fuimos los únicos en denunciar que tras la burguesía grisácea de los canovismos grisáceos estaba agazapada la revolución prevista inexorable y científicamente por Carlos Marx, con clarividencia de nuestros soldados y de nuestros pensadores jamás entendida por los padres de esos mismos que ahora tienen el cinismo de tacharnos de burgueses, con todo lo que acarrea el menosprecio del fracaso de la burguesía entonces tan triunfante. Habrá que concluir de los críticos que tan terciadamente nos silencian o nos atacan, una de dos cosas: o que son malintencionados fabuladores mentirosos, o que son osados ignorantes sin pudores en las plumas.

## EJEMPLO

Aparisi es la viva demolición de tamaños engaños enojosos. Lo dijo en el Congreso de los Diputados el 18 de abril de 1871 en los siguientes términos: «Nosotros aspiramos a la restauración de las Españas de nuestros padres en cuanto es posible, atendiendo, sin embargo, como es justo y natural, a los legítimos progresos y a las verdaderas necesidades del tiempo presente. Se trata, pues, de ser o de no ser, de vida o muerte». La restauración de las Españas tradicionales no era más que la lucha contra el sistema social burgués, contra quien se rebeló este hombre, por lo demás ayunó de vocación política, según muy bien ha subrayado mi entrañable Vicente Genovés en el prólogo a la *Antología* que extrajo de los escritos de su grande paisano (4). No fue Aparisi varón de vocación política, tal como en general no solemos serlo los auténticos carlistas; por eso bajó a la palestra política como quien cumple una misión, no al afán del reparto de cargos como después ha acontecido, por muchos amparados en argucias de tan burdo maquiavelismo que ni siquiera aciertan a encubrir sus artimañas. Si Aparisi es ejemplo de carlistas, lo será sobre todo por aquel su modo de entender la política por sacrificio, no por miedo.

De ahí que sea tanta su actualidad que reproducir su ideario constituye una de las tareas más eficaces que emprenderse puedan. En especial si, como en las páginas que siguen, se le desmenuza para cortarlo en balas ideológicas para las polémicas de urgencia. Más que comentarlo, es necesario leerlo. Y el mejor comentario, en estos días preñados de confusionismo parejo al que su claro cerebro despejó, será repetir la estrofa, casi oración, con que el presbítero carlista Manuel Lucas Peña glosó su muerte de varón justo, católico, libérrimo y españolísimo,

---

4. Madrid, Ediciones FE, 1940, pág. 7.

en su gentil *Doloroso recuerdo de la preciosa vida de un grande hombre, o sea, Elegía en la muerte del insigne español don Antonio Aparisi y Guijarro*:

«En tu gloria, ¡oh Jesús!, está sin duda  
Aparisi, y a tu Madre y a Ti ruega  
que su gracia y favor a España acuda  
en el mar de aflicción en que navega» (5).

Sevilla y junio 1974.

Francisco ELÍAS DE TEJADA

---

5. Madrid, Viuda de Aguado e Hijo, 1873, pág. 29.